



I

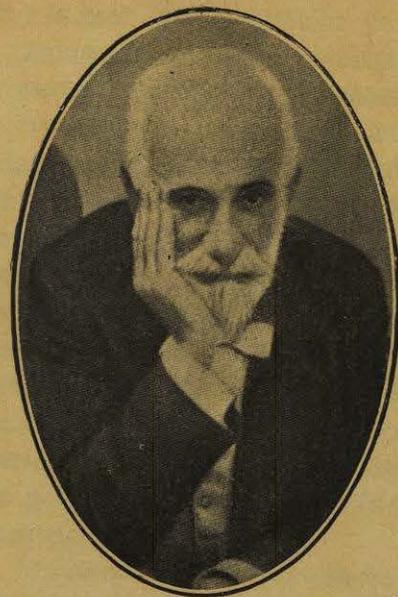
Datos biográficos de don Francisco Giner
de los Ríos ⁽¹⁾

NACIÓ don Francisco Giner de los Ríos en Ronda el día 10 de Octubre de 1839. La ascendencia paterna de los Giner, aunque de origen levantino, radicaba en Vélez-Málaga; la materna, de los Ríos Rosas, andaluza, radicaba en Ronda. Hizo sus estudios de primera enseñanza en Cádiz y de segunda enseñanza en Alicante. Muy joven empezó sus estudios universitarios en Barce-

(1) Estos «Datos» se han publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, número de Febrero-Marzo 1915, y se reimprimen aquí con la debida autorización.

lona, donde recibió la primera iniciación filosófica en la cátedra de Llorens, de quien fué un alumno predilecto, y donde comenzó su amistad fraternal con Maranges. Terminó su carrera de Derecho en Granada, siendo algún tiempo interno en el Colegio de Santiago, donde era inspector Fernández Jiménez. En Granada se inicia en la filosofía alemana y en los estudios de literatura y estética, gracias á don Francisco Fernández y González; allí aprende la pintura, que abandona pronto, y la música, que no abandonó nunca, pues en las horas familiares ejecutaba de memoria al piano ó al armónium fragmentos clásicos, siendo Mozart su favorito, y aun improvisaba sobre tales motivos con mucha intención y gracia; allí, en 1862, publica sus primeros trabajos literarios y políticos en la *Revista Meridional*; y á aquellos años estudiantiles se remonta la amistad con don Nicolás Salmerón.

En 1863 viene á Madrid, al lado de su tío don Antonio de los Ríos Rosas, sobre cuya vida política ejerce no poca influencia el contacto con la nueva ideología de su joven sobrino. Ingresa entonces en el ministerio de Estado como agregado diplomático, trabajando en el archivo, principalmente en la ordenación y copia de correspondencia y documentos relativos á Felipe II. Frecuenta el Ateneo, el Círculo Filosófico, la Universidad, centros donde se fraguaba entonces el fervor de las ideas y los entusiasmos que precedieron á la revolución,



GINER DE LOS RÍOS EN 1903

desarrollando en ellos rápidamente su personalidad, sobre todo bajo la influencia de Sanz del Río y sus discípulos más antiguos, entrando en conocimiento y amistad con los hombres de más valer de aquella generación, y conquistando prontamente el respeto y la profunda estimación de cuantos le conocían. Así se explica que á principios de 1866, habiendo ganado por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional de la Universidad de Madrid, su personalidad filosófica, fuertemente krausista, fuera lo suficientemente conocida para que encontrase, desde luego, graves obstáculos oficiales, que tendían á impedir el posesionamiento de su cátedra. Poco antes de hacer sus oposiciones, en Octubre de 1865, había muerto su madre, cuyo amor y cuyo recuerdo fueron en la vida íntima de don Francisco Giner, hasta la hora de su muerte, un sentimiento y un culto mantenidos con la profundidad y delicadeza de que era capaz su gran espíritu.

En el momento de posesionarse de su cátedra en 1867, hubo de perderla por renuncia propia, por hacerse solidario de don Julián Sanz del Río, que se había negado á hacer la profesión de fe religiosa, política y aun dinástica que le era exigida por el ministro Orovio, como poco después lo fué también á don Fernando de Castro y á don Nicolás Salmerón. Con este motivo la Universidad de Heidelberg dirigió á Sanz del Río un mensaje de simpatía suscrito por 63 profesores y doctores, en-

tre ellos algunos de nombre mundial, recibíendose otro mensaje análogo del Congreso de filósofos reunidos en Praga por aquel entonces. La pérdida de la cátedra trajo grandes sacrificios privados á Giner, que al cargo de tres hermanos suyos vivía entonces, como ha vivido siempre, sin otro apoyo que su trabajo.

En tales circunstancias, aunque jamás se sintió movido hacia la abogacía, solicitado por un su deudo, á quien respetaba, decidióse á aceptar un negocio, el cual, legítimo, según parece, en opinión de todos, negóse á defender, cuando llegó el caso, por estimarlo injusto. Le costó la matrícula esta única vez en su vida que, sin reincidencia, intentó hacer de abogado.

Por entonces perdió al amigo más entrañable de aquella época, Luis Hermida, de quien él mismo escribió que fué «arrebatao á los 26 años á la filosofía española», y cuyo recuerdo perseveró lozano en su corazón toda la vida. En sustitución de Hermida, precisamente, nombró Sanz del Río su testamentario á Giner. Y por entonces también frecuentaba el trato amistoso con la familia de Innersarity, en cuyo hogar hizo Azcárate el suyo propio, y donde ambos recibieron el primer influjo de la educación inglesa. Moret fué otra de sus amistades desde aquel tiempo.

El Gobierno nacido de la Revolución triunfante repuso en 1868 á todos aquellos profesores en sus cátedras. En el vivaz y entusiasta período político

que va hasta la Restauración, no interviene don Francisco Giner de un modo público y ruidoso, ni se afilia á ningún partido; pero conviviendo con casi todas las grandes figuras que se hallaban al frente de aquellos movimientos históricos, y siendo de muchas de ellas respetado consejero, es el alma de todas las reformas que se llevan á la enseñanza universitaria y que luego han ido realizándose paulatinamente, colaborando íntimamente con los ministros don José Fernando González y don Eduardo Chao; con el director don Juan Uña y con González de Linares, y defendiéndolos denodadamente en el claustro con don Fernando de Castro. Y aunque, desde luego, sus ideas filosóficas y sociales le situaban del lado de los que rompieron la vieja forma de la monarquía, radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios, no simpatizaba con ninguna de las soluciones extremas que entonces buscaron el triunfo. Á esta actitud corresponde, sin duda, el único acto político que en su vida hizo cerca de las muchedumbres, defendiendo la candidatura de Salmerón en el mitin de San Isidro.

Su actividad profesional no se limitaba entonces á su cátedra, sino que daba todos los domingos, en la Universidad, cursos libres de Doctrina de la ciencia, Sistema de la filosofía, etc., en los cuales recogió algunos de los discípulos más ferrientes, que le han acompañado después en su obra. Fué además el iniciador y mantenedor del *Boletín*

Revista de la Universidad de Madrid durante todo el tiempo que vivió esta publicación, desinteresada y noble empresa que no ha vuelto desde entonces á acometerse. En esa época sus colaboradores más íntimos fueron Maranges, que había obtenido la cátedra de Derecho romano, y que una muerte prematura le dejó profesar solamente algo más de un curso, para desdicha de la cultura patria, y Azcárate, á quien había conocido por Maranges. Y fueron ya discípulos suyos de esa primera hora, y con él convivieron, Jacinto Messia, el marqués de la Merced, García Labiano, Eduardo Soler, Alfredo Calderón y Costa, para el derecho, así como Laureano Calderón y Augusto G. de Linares para la ciencia; este último el de más intimidad personal entre todos, y á quien Giner consideraba como el espíritu de mayor amplitud y penetración para el cultivo de la filosofía de la Naturaleza en España.

Del influjo moral de Giner en las agitaciones substanciales del país, puede juzgarse sabiendo que Maranges fué el redactor confidencial, encargado de ello por la Junta revolucionaria, á que perteneció, del Título primero, sobre los derechos individuales, de la Constitución de 1869; y teniendo en cuenta igualmente que en 1873 colaboró sin descanso, durante el ministerio Salmerón, en los proyectos de Gracia y Justicia, sobre todo en la Junta para la reforma penitenciaria, con Azcárate y con doña Concepción Arenal, á la que siempre consagró una amistad y un culto fervorosos. Todavía

más tarde, de influjos de Giner en hombres de la derecha, por ejemplo, de conversaciones suyas con don Víctor Arnau, subsecretario de Gracia y Justicia cuando la Restauración, vino la fórmula krauista que Cánovas, quizás sin saberlo, hizo prevalecer en la organización del Senado.

En 1875, al advenimiento de la Restauración, sufre la vida de don Francisco Giner una crisis profunda, correspondiente á la que sufrió la nación toda. Aquel mismo año el ministro Orovio—nombre tristemente unido á la persecución de nuestros hombres más ilustres—volvió á cometer un segundo atentado contra la libertad de la cátedra. Giner y sus discípulos y amigos Linares, Calderón, Azcárate, Salmerón y Montalvo, protestaron del decreto ministerial, y fueron procesados, encarcelados, desterrados, y en fin, separados de sus cátedras; renuncian á ellas Castelar, Montero Ríos, Figuerola, Moret, Val, Messia; protestan y son suspensos de empleo y sueldo Muro, Varela de la Iglesia, Eduardo Soler, Hermenegildo Giner... Hay detalles interesantes en lo que á Giner respecta. Una vez enviada su protesta, fué llamado para rogarle, en nombre de Cánovas, que la retirase, pues éste aseguraba que el decreto ministerial, con el que no estaba conforme, no llegaría á cumplirse. Giner contestó, con toda altura y dureza, que el señor Cánovas tenía la *Gaceta* para deshacer la iniquidad que desde ella se había hecho, y que no podía pretender de él una indignidad. Y aquella

misma noche, habiéndose retirado á casa enfermo con fiebre, fué arrancado del lecho á las cuatro de la mañana para ser trasladado preso, entre guardias civiles, al castillo de Santa Catalina de Cádiz. Fué á verle allí el cónsul de Inglaterra, ofreciéndole su apoyo y el de la opinión inglesa, apoyo que rechazó Giner, diciendo que el Gobierno español sabría lo que hacía, y que, sin duda, había obrado y resolvería justamente. Sin embargo, *The Times* dió al asunto toda la importancia que tenía. Después de algún tiempo en que tuvo por cárcel la ciudad de Cádiz, donde creó sus firmes amistades con los Macpherson, los Arcimis y Alejandro San Martín, y donde se le hicieron proposiciones para la creación en Gibraltar de una universidad libre española, fué al fin destituido de nuevo de su cátedra, así como los demás compañeros de protesta.

Reunidos en Madrid estos ilustres profesores sin cátedra, realizóse la idea que desde el primer instante de la persecución había surgido en don Francisco, de fundar una institución libre de enseñanza, sin más intención que la de seguir profesando libremente su misión, ya que la Universidad les arrojaba de su seno, y mantener la cohesión entre sí. Esta idea inicial vaga ha ido concretándose en una obra perfectamente definida y en la que se ha acumulado lentamente la energía espiritual más elevada y consistente que ha habido en estos últimos cuarenta años; pero esta obra sigue teniendo el nombre provisional é impreciso de los primeros momentos:

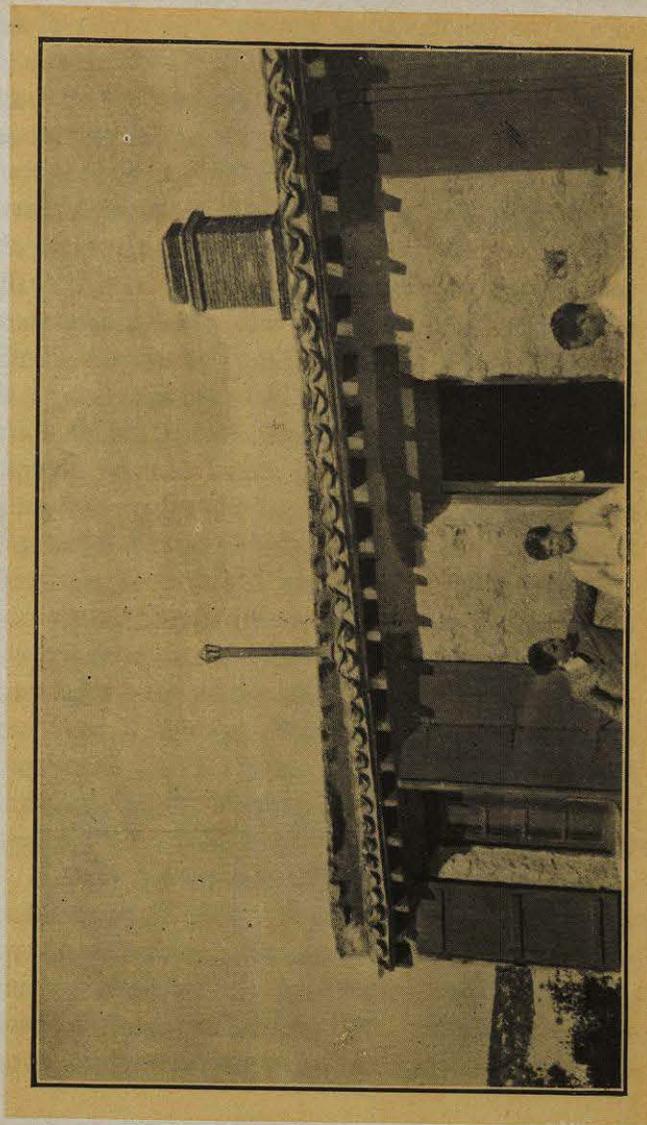
Institución Libre de Enseñanza. El iniciador de ella y su alma siempre fué don Francisco Giner.

Para hacer la biografía de Giner habría que hacer la historia de la Institución, y para hacer ésta esencialmente habría que hacer la historia de España desde la Revolución. Hay que renunciar, pues, por hoy, á todo ello.

Fueron los fundadores un núcleo de hombres venerables que se agruparon frente á la Restauración: Giner, Figuerola, Salmerón, Moret, Azcárate, Linares, Montero Ríos, los Calderón, Messía, Hermenegildo Giner, Soler, García Labiano, Costa... Profesaron aparte de los fundadores don Juan Valera, Pelayo Cuesta, Labra, don Juan Uña, Ruiz de Quevedo, don Bienvenido Oliver, don Eulogio Jiménez, Gamazo, Atienza, don Federico Rubio, Pérez de la Sala, Echegaray, Saavedra, Prieto Caules, Simarro, Quiroga, Gabriel Rodríguez, Fernández Jiménez y otros varios. Muchos de ellos fueron reabsorbidos pronto por la política de la Restauración y dejaron de colaborar activamente en la obra. Fué al principio ésta una escuela de estudios superiores, una especie de Universidad libre; pero muy pronto, ya desde 1878, fué moldeándose la Institución en el sentido que Giner la infundiera, estableciendo en ella (siempre como en su fundación, sin subvención alguna oficial, con el solo concurso de la iniciativa particular) fundamentalmente estudios de primera y segunda enseñanza y convirtiéndose en una obra esencialmente

pedagógica, «completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; apartada de apasionamientos y discordias, de cuanto no sea, en suma, la elaboración y la práctica de sus ideales pedagógicos», como dicen sus estatutos.

Para Giner, el problema de España fué convirtiéndose cada vez más en un problema de educación. Abierto su complejo y profundo espíritu á la atención de las artes pedagógicas, puso en ellas todo el fervor de su alma religiosa (pues el sentido religioso de la vida es una de las características fundamentales del carácter de don Francisco, sin la cual es difícil comprenderlo), para la que la Institución era la obra destinada á ejecutar la fórmula de su maestro Sanz del Río: traer la ciencia al servicio de los hombres. Sus discípulos, sus compañeros, le siguen en su actividad siempre flexible y creadora. El 78, Torres Campos trae de París el sistema de excursiones escolares; Cossío estudia en Italia y en Francia las doctrinas y las instituciones pedagógicas, y acude en 1880 al Congreso Internacional de Enseñanza de Bruselas, donde aprende los métodos pedagógicos de la Escuela Modelo; el 82, el inglés Capper, discípulo y maestro en la Institución, introduce en ella los vigorosos juegos corporales de su país, y Cossío hace su primer viaje á Alemania; el 84, Giner y Cossío afirman de nuevo en Londres los principios pedagógicos ingleses que ponen en la formación moral del



Casita de la Institución en el Guadarrama, donde tantas veces estuvo D. Francisco Giner

carácter y en los juegos como fuerza ética, la base de la educación, reciben inspiraciones en el ambiente de Eton y de Oxford, donde tuvieron la fortuna de vivir en Balliol College como huéspedes de su famoso rector el gran Jowet, rector asimismo entonces de la Universidad, y no sólo el primer humanista, sino el espíritu más educador de su tiempo en Inglaterra, y completan con esta visión directa de la vida inglesa el influjo que á través del matrimonio Riaño (don Juan Facundo Riaño y doña Emilia Gayangos) habían recibido del refinamiento y poesía de las costumbres inglesas; un nuevo viaje del 86, en que Giner, con Cossío y otros discípulos, visitan Francia, Bélgica, Holanda é Inglaterra, enriquece, al contacto de nuevas cosas y grandes personalidades (Russell Lowell, Robert Brownig, John Bright, etc.), todas esas influencias, que otra última salida de Giner en el 89 á Francia, las frecuentes de sus discípulos desde entonces, la amistad y la comunicación constante con sus amigos Pécaut, Marion, Buisson, James Guillaume, Compayré, Bréal, Sluys, Capper, Harris, lord Sheffield, Adolfo Coelho, Bernardino Machado, etcétera, continúan constantemente robusteciendo.

Y para comprender toda la magnitud de la obra pedagógica de Giner, no hay más que recordar lo que España ha ganado, por lo menos en conciencia y comprensión de los problemas pedagógicos, desde el Congreso Nacional de 1882 hasta hoy. En aquel Congreso, en que la Institución salió por pri-

mera y única vez de su labor callada científica y pedagógica, encontramos el contraste más palpable y doloroso entre hombres como Giner y Costa y sus discípulos, y el atraso que se enseñoreaba de la nación. En este Congreso, después de haber hablado Cossío y Costa, rodeados de la hostilidad y la incomprensión generales, improvisó don Francisco Giner un discurso (su segundo y último acto público) lleno de ciencia, de nobleza, de sinceridad y de indignación, quedando en su alma desde aquel momento una melancólica desconfianza en la acción rápida sobre las muchedumbres, que le afirmó definitivamente en que la única labor honrada y posible era la formación lenta y cuidadosa de los hombres de mañana desde su primera niñez.

Vive desde entonces consagrado á su cátedra de la Universidad, en la que fué repuesto el año 1881, y á la enseñanza en la Institución, al estudio de los problemas filosóficos y pedagógicos, á la comunicación con todos los que se acercaban á él en demanda de consejo y de enseñanza, al goce de la Naturaleza y del Arte, siendo la Arquitectura el de sus preferencias; á la satisfacción de las necesidades de su espíritu, curioso de todo y eternamente joven; á la exaltación de toda su vida á un ideal de perfección moral ilimitada.

Y vive de continuo en familia; porque nada hay más contrario á su carácter que el aislamiento del célibe, ó el cuarto de una fonda, ó el retiro de una celda. Necesitó siempre de un hogar con los dulces

contrastes femeninos, con ternuras filiales, con las luchas de la juventud y las perpetuas risas bulliciosas de los niños, en medio de todo lo cual hacía su diario trabajo. Y así, frustrados los anhelos, que en edad propicia alimentara, de constituir este hogar por sí mismo, guardó toda la vida en su corazón culto sagrado á aquel imposible, y tuvo el arte de hacerse en otro hogar—que fué más bien el suyo—sitio de verdadero padre y de abuelo, alcanzando la dicha de vivir y morir como él quería, rodeado de hijos y de nietos.

Á su espíritu, en perpetua vibración, acompañaba un cuerpo pequeño, enjuto y también en movimiento perpetuo, coronado de una nobilísima cabeza grande, con cara algo alargada, ojos castaños, de una extraña mezcla, según los momentos, entre bondadosos y agresivos; barba en punta, espesa y dura, que fué blanca desde los cuarenta años, y hasta entonces negra, como el pelo, que perdió muy joven. En conjunto, en color y en estructura, si se descuenta la energía de sus rasgos, recordaba á los santos de Ribera.

Su presencia y su palabra, cautivadoras; la conjunción de una elegancia natural, una exquisita pulcritud y una extrema modestia, casi pobreza, en su atavío; su dominio de las buenas maneras; su afán de sacrificio en lo máximo como en lo mínimo; su delicadeza en las atenciones sociales; su cortesía para con todo el mundo, y especialmente con las señoras; su especial don de gentes, en

suma, hacían de él, junto al filósofo y al educador, un tipo acabado de hombre de mundo y de perfecto gentleman.

Madrid fué el centro de su acción desde que á él vino. Las excursiones de Naturaleza y arte por España, siempre con discípulos y amigos, su goce más puro. Consagraba el domingo religiosamente al campo, desde que conoció á los Riaño, á quienes decía debérselo, con quienes empezó á visitar, á pie, en 1876, los pueblos cercanos á Madrid, y especialmente El Pardo, y con quienes vivió en Toledo, adonde volvió siempre en innumerables ocasiones. Atravesó la Sierra por primera vez andando (Villalba, Navacerrada, Los Cotos, Paular, Reventón, La Granja, Segovia, Las Siete Revueltas y vuelta á Villalba) en el verano de 1883, y á la Sierra como á Toledo tornó de continuo, sobre todo en invierno, primavera y otoño, hasta su último instante.

Durante los veranos fué casi siempre al Norte. Primero, hasta 1890, á la Montaña de Santander, por la atracción que sobre él ejerció la casa y familia de su amigo Linares en Valle de Cabuérniga, recorriendo á pie muchas veces la parte occidental de la provincia; ya remontando las cuencas del Besaya, el Saja, el Nansa hasta Peña Sagra; Tudanca, Polaciones y el Deva hasta Picos de Europa, y por el lago Enol á Covadonga y Asturias; ya cortándolas por la costa desde Torrelavega hasta Gijón. Su sitio de descanso preferido y muy

524.

13

Debe suprimirse: ~~este~~ "la de concueria (en decimata hasta la arista)" y enlazar "g. revuela."

Suprimir, dos líneas después, "sivio" ip. no es exacto.

19.

El arco de punto no es tan maserable para grandes bóvedas: v. g. S^{ta} Sofía, la basílica de Valencia, el Panteón, S. Pedro, etc. más anchura q. las naves góticas. Podría suprimirse del "Las iglesias románicas" hasta "estabilidad".

Y suprimir quizá la palabra "pocia", porq. parece indicar q. esta depende de revuela de los fuertes sociales.

AUTÓGRAFO DE D. FRANCISCO GINER

Notas á un libro

amado fué San Vicente de la Barquera, romántica conjunción, en armonía con su carácter, de historia, arte, ruinas, casas solariegas venidas á menos, ausencia tanto de ricos nuevos con sus pretensiones de *parvenus* como de cursilería burguesa; castillo desmoronado en colinas, reflejándose en la obscura tranquilidad de rías como lagos; playa inmensa sin balnearios ni casetas, y espléndido panorama de mar y montaña. Allí fué popular y querido de todos; allí llevó á la Institución desde sus primeras excursiones, y allí la Corporación de antiguos alumnos ha hecho su casa para las Colonias escolares.

Desde 1891, toda esta actividad de don Francisco derivó hacia Galicia, siendo entonces su asilo una quinta campestre—*San Victorio*—, en la parroquia de San Fiz (Bergondo) y en las cercanías de Betanzos, perteneciente á la familia del discípulo cuyo hogar era también el suyo. Celebraba sobre todas las cosas el aislamiento y retiro de San Victorio, donde en seguida intimó, como siempre le ocurría, con el más pobre aldeano y con todos los árboles de la huerta. Allí escribió sus estudios del último tiempo; allí le nació el primer nieto, y de allí partió siempre para sus largas caminatas por la Mariña. Si algún verano dejó de acudir á los castaños del soto gallego y á las playas de Gandarío y la Lagoa, fué para refrescar su amor á la Montaña santanderina ó para ensayar el fortalecimiento en la Sierra castellana, de que estaba últimamente más enamorado que nunca. Murió soñan-

do con hacer vida eremítica en la casilla de la Institución en Navacerrada.

Los resultados de toda esta energía inagotable son tan hondos, tan múltiples, tan delicados, que no es posible señalarlos en su individualidad ni en su proceso, sino que hay que saberlos ver en tantos hombres como han dado los mejores frutos de su espíritu, merced al contacto con el espíritu de Giner; en tantas instituciones, públicas y privadas, que en la conciencia de todos están y que fueron creadas por gentes encendidas por el fuego de aquel corazón; en una influencia difusa en todas las actividades pedagógicas, científicas y sociales españolas, que seguramente se ha traducido en un levantamiento del nivel moral é intelectual de una parte de nuestra Patria.



II

Bibliografía de Giner

SIN tiempo para redactar una bibliografía completa de los escritos de don Francisco Giner de los Ríos, porque muchos se hallan muy dispersos en viejos periódicos y revistas, anotamos, bajo las rúbricas siguientes, los más conocidos.

1.—LIBROS Y FOLLETOS (1)

Estudios literarios.—1.^a ed. Madrid, R. Labajos, 1866.—8.º, 183 págs.

Bases para la Teoría de la Propiedad.—Discur-

(1) Se prescinde de prólogos y biografías (verbigracia la de Maranges) contenidas en libros de otros autores.